

## LA POSIBILIDAD DE UNA ISLA

# GIDEONSSON/LONDRÉ SOY VERTICAL DEL 29.6 AL 11.9.2018

CICLO COMISARIADO POR  
ALEXANDRA LAUDO

Para la corta memoria de la humanidad, resulta imposible imaginar que el monte Everest fuera antaño un lecho oceánico. Lo que consideramos la altitud más elevada, el “techo del mundo”, estuvo una vez cubierto de agua.

Johan Redin en correspondencia  
privada con Gideonsson/Londré

Este es el camino que tomo, de modo que pueda estar bastante seguro de encontrarme a solas.

Elisée Reclus, *Histoire d'une montagne*

El cuerpo humano funciona especialmente bien en altitudes similares a las del nivel del mar, donde la presión atmosférica y el porcentaje de oxígeno son elevados. A ello se debe en buena parte que, a lo largo de los siglos, la expansión y el asentamiento de los humanos sobre la superficie terrestre se haya desarrollado principalmente según una lógica de horizontalidad: se han ocupado planicies y valles, se han surcado mares para habitar islas, y muchas civilizaciones se han establecido en altitudes cercanas a las del nivel del mar. Aun así, el ser humano ha demostrado también un interés obstinado en conocer, conquistar y, en la medida de lo posible, ocupar esos otros lugares que se despliegan sobre el eje vertical del mundo: las montañas elevadas, las profundidades marítimas... Según sugieren Gideonsson/Londré, el ansia colonialista que llevó a las naciones europeas a dominar islas remotas derivó posteriormente en un ímpetu nacionalista para ascender montañas, una vez las posibilidades de conquistar horizontalmente el mundo ya se habían reducido. Sin embargo, este “colonialismo vertical” siempre se ha visto limitado por la inadecuación física de la especie humana a las profundidades y altitudes extremas. En montañismo, los lugares situados por encima de los 8.000 metros se conocen como zonas límite o zonas de muerte: se trata de altitudes en las que el porcentaje de oxígeno en la sangre disminuye drásticamente y respirar resulta muy difícil. Así pues, la zona de muerte señala el límite del mundo donde las condiciones para la vida humana son favorables; más allá de esta delimitación, dentro de la zona de muerte, para el ser humano es difícil sobrevivir.

Gideonsson/Londré han investigado los efectos que el ser humano experimenta en altitudes muy elevadas y cómo estos potencian estados de aislamiento. Los artistas han podido vivir estos efectos mediante la práctica del montañismo y en entrenamientos en espacios interiores donde se simulaban algunas de las condiciones que se producen en dichas zonas límite. Su proyecto para el Espai 13 es una videoinstalación que explora la noción de verticalidad y que nos invita a pensar en las montañas más altas del mundo como islas, partiendo del hecho de que muchas lo fueron en origen y de que algunas formaciones montañosas elevadas se han convertido, funcionalmente, en islas terrestres. Los artistas sugieren que, en realidad, si consideramos que las montañas son montañas y las islas son islas es por la horizontalidad del mar, y que si obviásemos esta división marítima las distinciones entre estos accidentes geográficos se difuminarían.

La instalación *Soy vertical* tiene como elemento central una obra de videoarte creada a partir de la grabación de uno de estos entrenamientos relacionados con la verticalidad y las zonas límite que los artistas han llevado a cabo. En dicho vídeo, filmado en un gimnasio, vemos la reiteración de un ejercicio de inversión corporal. La artista se sostiene de una cuerda que cuelga del techo, apoya levemente las piernas sobre una barra y suspende su cuerpo boca abajo durante lapsos prolongados, hasta que flaquea y se cae. Colocarse boca abajo es una acción que atenta contra la posición natural del cuerpo y que, si se dilata demasiado tiempo, causa la muerte, al igual que lo hace el hecho de permanecer un tiempo excesivo en una zona límite de alta montaña. Algunas de las sensaciones que el cuerpo experimenta cuando está boca abajo se parecen, de hecho, a algunos de los efectos físicos que provocan las zonas límite: abotargamiento, alteración de la visión y falta de irrigación en los pies, entre otras.

Además de ser un entrenamiento físico extenuante, la acción que nos muestra el vídeo es también un ejercicio de declamación poética, cercano al *spoken word*. Mientras está boca abajo y la sangre se le va acumulando en la cabeza, la artista lee, con creciente dificultad, un texto sobre el proce-

so de ascender una montaña y los efectos físicos que los humanos experimentan en las zonas límite, sobre cuestiones relacionadas con la historia del montañismo y también sobre la muerte como posibilidad o incluso como tentación. Del mismo modo que la acción filmada, el discurso es en sí mismo una exploración de la noción de verticalidad, en este caso a través de la palabra. Y no solo por los contenidos ya mencionados, sino por la forma en que se ha escrito y se lee. Se trata de un texto en prosa poética de estilo ensayístico, sintácticamente fragmentario, con frases breves y a menudo inconexas y que funciona según una lógica acumulativa más que digresiva. El texto y la manera de declamarlo reflejan, en cierto modo, lo que podrían ser una escritura y un habla propias de la zona límite: extremas, frágiles y exentas de formalidades. En esta declamación dificultosa, a veces el texto se mezcla con los resoplidos y los gemidos que la artista emite al caerse, lo que da lugar a una indistinción entre el discurso y estas otras expresiones protolingüísticas.

A través del vídeo y los demás elementos que conforman la instalación, los artistas reflexionan, desde el concepto de verticalidad, sobre las relaciones que el hombre establece con el mundo. Con un título adoptado de un poema de Sylvia Plath, la propuesta de Gideonsson/Londré reafirma la verticalidad del ser humano, la cual podría entenderse como una manifestación de su condición cultural. Si pensamos en la posición vertical del hombre como una derivación de la bipedestación y como un avance en el proceso de hominización, es fácil concebirla como un rasgo que distingue al *Homo sapiens sapiens* de los primates y otras especies humanas anteriores, menos erectas y supuestamente menos avanzadas. En su poema, Plath reafirma esta condición vertical del ser humano, pero también expresa la dificultad que deriva de la conciencia de tal singularidad y del hecho de reconocerse, en cierto sentido, como un sujeto diferente del resto de elementos naturales que conforman el planeta: "Soy vertical. / Pero preferiría ser horizontal", nos dice Sylvia Plath en unos versos iniciales que expresan la complejidad filosófica y física de ser un sujeto humano y que incluso nos sugieren, indirectamente, cierto deseo de morir que los artistas también invocan en su texto. Tal deseo reaparece con más fuerza unos versos más adelante: "Para mí es más natural estar tumbada. / Entonces el cielo y yo entablamos conversación, / y seré útil cuando me tumbe definitivamente." En su proyecto,

Gideonsson/Londré también manifiestan esta dificultad de reconocerse como un sujeto humano, diferente en su verticalidad, y lo hacen a través de la imagen metafórica del cuerpo vertical invertido (una posición también vertical, pero insostenible). Del mismo modo, su propuesta nos habla de cómo estas zonas límite, estos extremos verticales del mundo, desafían e invalidan la verticalidad humana, mucho más frágil y modesta que la de las montañas.

En la sala hay otros elementos que inciden en el concepto de verticalidad y en la imagen del cuerpo invertido, como una estructura donde dejar los zapatos que no se ubica a ras de suelo, cerca de los pies, sino en el techo, y en la que los artistas han colocado, también boca abajo, sus botas de montaña. Asimismo encontramos unas esculturas que representan una sección de la parte superior de sus cabezas y que recuerdan a las cimas de unas montañas nevadas. Ambos artistas han situado la escultura de su cabeza a una determinada altura de la pared, en correspondencia con su propia altura. Este énfasis en los extremos verticales del cuerpo responde a uno de los efectos físicos que los humanos experimentan cuando están suspendidos boca abajo, posición que provoca una sensación opresiva en la cabeza y en los pies. Distribuidos por el espacio hay algunos plintos, unos artefactos que nos remiten al entrenamiento, pero también, simbólicamente, a las islas y las montañas y a la idea de ascensión. Por último, en una parte de la sala se expone la obra gráfica *The world at 26,247 feet* [El mundo a 26.247 pies], un mapa absolutamente blanco con catorce orificios pequeños. La imagen responde a la idea de imaginar un mundo seccionado en la altitud que indica el título, que es la que marca el inicio de las zonas límite. En esta sección horizontal, todo aquello que queda por debajo de dicha altitud ha desaparecido; solo permanecen los extremos verticalmente más alejados de la tierra, como pequeños vacíos, como unas islas en un paisaje invisible.

Alexandra Laudo

—  
Con la colaboración de:  
Kallrör-Vassnäs Community Centre  
Rafel Forga  
Toby Lynas

#ILLAESP113

## Fundació Joan Miró

 Barcelona

Fundació Joan Miró  
Parc de Montjuïc  
08038 Barcelona  
T +34 934 439 470  
info@fmirobcn.org

Con la colaboración de:

 Sabadell  
Fundació

Con el apoyo de:

 KONSTNÄRSNÄMNDEN